

El pasado 21 de septiembre el filósofo argentino Mario Bunge cumplió 90 años. María Julia Bertomeu, Anna Estany y María Manzano coordinaron para su publicación en SinPermiso este pequeño homenaje que filósofos y científicos de varios países de lengua castellana quisieron rendir al maestro. Escriben: Alfons Barceló, María Julia Bertomeu, Fernando Broncano, Victoria Camps, Camilo-José Cela-Conde, Antoni Domènech, Anna Estany, Rafael González del Solar, Mara Manzano, Ignacio Morgado, Jesús Mosterín, Oscar Nudler, Roberto Torretti y Héctor Vucetich.



Alfons Barceló: ¿Cómo descubrí a Mario Bunge?

El día 5 de enero de 1976 compré y empecé a leer *La investigación científica* en la bien cuidada traducción de Manuel Sacristán. Seguía así el aviso de mi amigo el profesor de Psiquiatría, Lluís García Sevilla, quien unos meses antes me había enaltecido al físico y filósofo argentino-canadiense Mario Bunge y recomendado efusivamente este libro. Era un estupendo consejo, dadas mis filias y fobias intelectuales y mi agudizado interés en aquellas fechas por la epistemología económica.

La verdad es que la tarea de lector resultó tan placentera que al llegar al final de las 934 páginas volví a empezar, y comencé encantado una segunda inmersión en la doctrina de Bunge. Entretanto, la buena sintonía con lo que iba leyendo me llevó, a finales del mismo mes

de enero, a adquirir el volumen de ensayos *Teoría y realidad*, que me pareció asimismo una obra excelente. Por otra parte, en la biblioteca de la Facultad de Económicas de Valencia localicé dos obras más suyas, a saber, la compilación *Antología semántica* y *La ciencia, su método y su filosofía*.

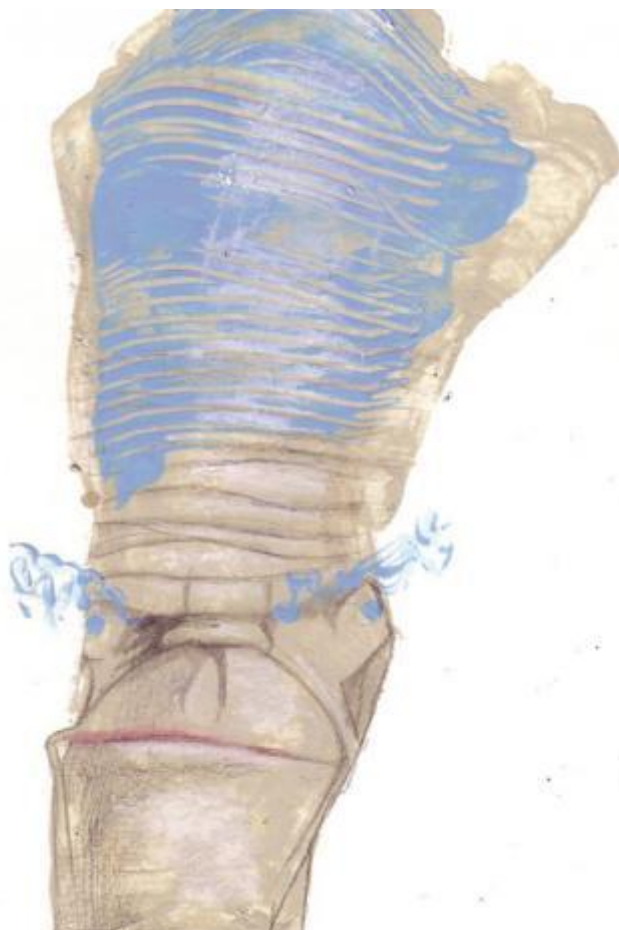
Leí y tomé apuntes de todo eso, al tiempo que me convertía en un admirador encandilado del pensamiento de Mario Bunge. Me complacía su rigor y radicalidad en el tratamiento de la estrategia y bases conceptuales de la investigación científica, su atención a las disciplinas específicas (tanto si estaban adelantadas como en construcción), así como a los procesos de perfeccionamiento, consolidación y derribo o reforma del conocimiento sistematizado. Me sentía cómodo con su insistencia en la sistematicidad y en la contextualidad. Me complacía la manera en que sustentaba opiniones firmes, aunque recordaba a menudo que no siempre se avanza en línea recta y que los resultados alcanzados son falibles y perfectibles. En fin, Bunge exponía su pensamiento con claridad y buen tino, denunciando a menudo el vicio nefando de muchos filósofos que intentan colar como pensamientos profundos lo que son simplemente discursos oscuros (o acaso meras “imposturas intelectuales”).

Digamos, de paso, que si bien sus reflexiones me parecían muy pertinentes para las ciencias sociales en general y para la economía en particular, pronto constaté que los planteamientos de Bunge no tenían ningún eco en el campo un tanto yermo de la filosofía de la economía. Una rara excepción que detecté por estas mismas fechas fueron las perspicaces referencias de Maurice Dobb (en *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith.*) a *Causality*. En breve, Dobb pretendía rebatir, con el argumento de autoridad de un filósofo de la física, la apresurada y partidista afirmación de Hutchison de que las ciencias avanzadas “han ido más allá de los conceptos imprecisos de causa y efecto” y optan por una concepción de “interdependencia funcional”.

Pues bien, desde aquellas lejanas fechas Bunge ha continuado ejerciendo su magisterio de forma incansable. Ha publicado unos 50 libros y más de 500 artículos, ampliando sus campos de intervención y afinando su batería de herramientas conceptuales, rehuyendo siempre la sutileza sin sustancia. Desde entonces he leído prácticamente todo cuanto ha escrito y he colaborado con él en algunos cursos y seminarios. Le reconozco, en suma, como mi principal mentor en todos los asuntos concernientes a la filosofía de la ciencia.

Naturalmente, no es ahora el momento de pasar revista a su inmensa obra. Pero al menos querría subrayar algunas aportaciones capitales. En especial, opino que su elucidación de los conceptos de “sistema”, “emergencia”, “modelo” y “mecanismos” suministra a las ciencias sociales unas categorías notablemente profundas y valiosas. Creo que todo aprendiz de científico debiera familiarizarse con estas nociones y ponerlas a prueba. Ahora bien, aunque Mario Bunge se ha convertido en un famoso personaje, homenajeado con múltiples premios y recompensas, me temo que aún tendrá que aguzar su genio, lucidez y laboriosidad para difundir como se merece la titánica tarea intelectual desarrollada sin pausa a lo largo de estos magníficos 90 años que hoy festejamos.

Alfons Barceló es catedrático emérito de teoría económica en la Universitat de Barcelona, España.



Maria Julia Bertomeu: Un físico-filósofo en mi familia

Hace unos cuatro meses recibí un mail de Mario Bunge en el que preguntaba “si conocía las coordenadas de Ernesto Jorge Bertomeu, mi viejo compañero de estudios de la UNLP”. El contacto electrónico lo hizo posible María Victoria Costa, otra argentina buena y talentosa emigrada a los países del norte.

La noticia de la muerte de mi padre entristeció a Mario, pero también marcó el inicio de una correspondencia conmovedora para la familia Bertomeu, y de un descubrimiento importantísimo para todos nosotros: a poco de cumplir sus primeros 90 años, el físico y filósofo argentino, tantas veces recordado en nuestra mesa familiar, sigue tan combativo y lúcido como siempre. Sus anécdotas me trasladaron a la infancia, a los recuerdos que me transmitía mi padre sobre aquel grupo de estudiantes de física de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, que en los años 40 alternaban el mate cocido que les servía mi abuela con la espectroscopía y los “trabajitos” sobre electrónica que dirigía Ernesto Sábató. Luego Mario comenzó a trabajar con Guido Beck, y mi padre empezó un proyecto de física experimental, “con el aparato Mcleod para hacer el vacío, que a cada momento producía fugas que le obligaban a reparar el dispositivo”.

Me recordaba Mario que había incursionado tres veces en los terrenos filosóficos de la ética y la filosofía política, y también me recordó que no compartía ya la posición utilitarista de su antiguo trabajo sobre *Ética y Ciencia* (1960). No podía evolucionar de otro modo un filósofo tan atento a la investigación científica básica (a la que, por definición, es imposible aplicar el análisis coste/beneficio) y tan comprometido con la lucha por los derechos humanos en sus vertientes política, social y económica. Creo que esa ruptura le ha permitido formular del modo más claro y radical algunas de sus convicciones más caras: el valor de las acciones

autotéticas, los derechos constitutivos (no puramente instrumentales) de las personas. Que no todo se compra y se vende, que “si alguien comprara un observatorio astronómico iría pronto a la quiebra, con lo que mostraría al gran público que hay objetos sagrados fuera de los templos. Entre esos objetos figuran la ciencia básica, las humanidades y las artes. Estas tres vestales son sagradas porque son patrimonio de la humanidad y porque quien intenta sacar utilidad inmediata de ellas las ensucia y se ensucia” ([“Elogio de lo inútil”](#), 2007). Y con esta misma posición antiutilitarista ha intervenido Mario en el debate abierto en EEUU sobre la impostergable reforma del Sistema de atención de la Salud. Recuerda cosas que, no por obvias, resultan menos necesarias: que la salud es un derecho en pie de igualdad con el derecho a la educación, la jubilación y el voto, y no un privilegio como la propiedad privada, y que los derechos suponen una carga pública y, por tanto, un deber del Estado, porque los enfermos son pacientes y no clientes ([“Los enfermos son pacientes, no clientes”](#)).

Mario Bunge, el gran provocador, nunca se amilanó ante la crítica abierta de muchos de los ídolos de la sedicente elite intelectual argentina: del psicoanálisis, sobre todo del “charlacanista”, porque no resiste el escrutinio filosófico-científico; de Borges, por la falta de calidad emocional de su literatura, además de su esnobismo intelectualmente superficial y políticamente conservador; de Heidegger, el filósofo oscuro y obscurantista, el enemigo de la libertad académica que buscó transformar a la Universidad alemana en una institución al servicio de los ideales y los intereses nacionalsocialistas. Ni que decir tiene que eso le ha granjeado un buen número de amigos en su tierra natal... También a éstos les invito a valorar desprejuiciadamente la labor del último gran filósofo sistemático, a apreciar su resuelto compromiso con la verdad y a honrar su atenta vigilia política a favor de los condenados de la Tierra.

Salud, querido Mario, y que cumplas muchos más.

Maria Julia Bertomeu es catedrática de Ética en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.



Fernando Broncano: Cinco horas con Mario

Por suerte para todos, no escribo en la circunstancia de la novela de Delibes, un autor por el que Mario Bunge ha expresado su aprecio, pero sí con el deseo del personaje principal de revivir los años vividos en compañía de, en este caso, la filosofía de Mario Bunge. Tuve la suerte de conocer a Mario Bunge en mi primer año de facultad, cuando cursaba “Comunes” en una Salamanca que recuerdo con los grises colores de *Nueve Cartas a Berta* (una película de Patino, que describe con mucha exactitud el exilio interior de la España franquista). Un día, Miguel Ángel Quintanilla, a la sazón mi profesor de *Introducción a la filosofía*, anunció una conferencia de un famoso filósofo de Canadá sobre “Una metafísica científica”. Aquel filósofo se expresaba en un dulce aunque aseverativo español argentino. Para mí fue como si hubiera entrado un rayo de luz en la oscura sala “Unamuno”, donde se impartía la conferencia. Una metafísica que provenía de, al tiempo que se dirigía a la ciencia. Esa conferencia me ayudó a resolver mis dudas sobre qué especialidad cursar después de los comunes: decidí que la filosofía me permitiría, al menos en aquella versión, vivir entre las ciencias y las letras. Más tarde, ya con mi beca, me compré uno a uno los carísimos tomos de su *Treatise* y no sólo los leí: me los aprendí. Todavía recuerdo uno de sus teoremas: “El mundo es un monoide libre”. Perfecto: nunca se ha definido mejor.

Pertenezco a una generación huérfana de maestros: nuestros profesores habían tenido que aprender a respirar, a leer, a dictar las largas listas de la bibliografía que el sistema académico esperaba y a recomendar las cortas listas posibles de lo que deberíamos leer para estar al tanto de qué estaba ocurriendo por el mundo. Nos enseñaron a vivir entre Marx y Carnap. Eran los tiempos de las dudas entre dos formas de ilustración. Mario Bunge representaba lo mejor de ambos mundos: dos maneras de rebelarse que podían ir juntas si uno aceptaba una metafísica materialista y exacta. Todavía sigo pensando que el materialismo positivista es y será nuestra Kamchatka cuando las cosas vayan mal y nos hayan expulsado de los otros territorios (filosóficos o no). Más tarde fui descubriendo que en aquel desierto había vida, que en la península estaba Manuel Sacristán, que en Argentina estaban Klimowsky, Alchourrón, Eduardo Rabossi (cuánto los echo de menos), que había posibilidades de pensar de otra forma: que ni la escolástica estricta del franquismo o la neoescolástica de la filosofía analítica eran nuestro destino, que podíamos sentirnos libres para escribir en voz alta. Mario Bunge lo había hecho. Nunca se ha rendido. Nunca ha bajado la voz. Ni la mano: uno sabía que en una conferencia su mano iba a ser la primera para acusar de desviacionismo idealista al conferenciante. Mario nos (me) dio lo que el sistema franquista nos había negado: el orgullo de pensar.

Fernando Broncano es catedrático de lógica y filosofía de la ciencia en la Universidad Carlos III de Madrid, España.



Victoria Camps: *Felicidades a Mario Bunge*

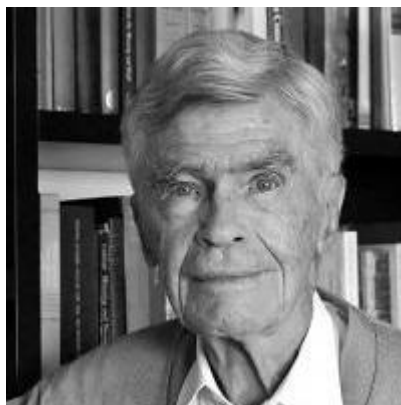
Mi primer contacto con la filosofía de Mario Bunge fue a través de una *Antología semántica*, de la que él era autor, y que me ayudó mucho a meterme en los problemas de la filosofía del lenguaje en los que entonces me ocupaba. La lógica matemática y la filosofía analítica fueron, en los años sesenta y en España, una vía fácil y atractiva para liberarnos de la opresión de una manera de hacer filosofía que se situaba, con suerte, en la Edad Media y apenas había pasado por la modernidad y la Ilustración. Por eso los recurrentes y soporíferos análisis de los filósofos anglosajones sobre el significado de una serie de frases absolutamente triviales e intrascendentes (“el gato está sobre la alfombra”) se nos antojaban una de las maneras — si no progresistas, por lo menos innovadoras, de filosofar.

Aquello pasó, fue una buena terapia en la medida en que nos enseñó a ser más cuidadosos con la gramática y el uso del lenguaje a la hora de filosofar. Pero los analíticos de entonces nos entretienen ahora con otros menesteres, como la ética o la filosofía política. En ese cambio, Mario Bunge sigue siendo un timonel siempre interesante y provocativo. Su trayectoria profesional es tan amplia y completa que pocas ramas de la filosofía han quedado al margen de su interés. Sobre todo, porque a Mario Bunge le han interesado las conexiones entre filosofía y ciencia, no sólo la ciencia más dura, sino la sociología y la psicología. Cuando conocí personalmente a Bunge, en la Universidad Autónoma de Barcelona, la ocasión del encuentro, si no me traiciona la memoria, fueron unos cursos o unas conferencias que daba en la Facultad de Psicología, invitado por nuestro común amigo, Ignacio Morgado. Los psicólogos se estaban interesando más por sus escritos que los propios filósofos, la mayoría de ellos encerrados en las torres de marfil de una disciplina cada vez más fragmentada y especializada.

Bunge ha huido siempre de la fragmentación y de una forma de hacer filosofía que se limita a explicar a otros filósofos. No sólo evita ese camino sino que critica directamente la excesiva profesionalización del filósofo, la confusión a la que es proclive entre profundidad y oscuridad, o la obsesión por problemas anodinos. En su caso, por lo menos, ha intentado obviar esas tentaciones y pensar desde sí mismo y desde la realidad que más directamente nos interpela. En su último gran libro sobre Filosofía política lo enuncia desde el principio. En todo programa político hay principios filosóficos. No obstante, hay que reconocer que los problemas políticos de hoy no son los que consideraron Platón, Aristóteles, Locke o John S. Mill. Son otros. Y es función del filósofo, si quiere que su actividad sea relevante, partir de los problemas reales y tener en cuenta los datos que los avalan para ponerse a pensar sobre ellos.

La revista *Sin permiso* quiere honrar a Mario Bunge en su noventa aniversario. Que cumpla años no significa nada, en su caso, porque su espíritu sigue siendo más joven que el de otros muchos de menos edad, su entusiasmo por seguir trabajando se mantiene incólume y su claridad intelectual es envidiable. La última conferencia que le escuché en Barcelona, hace sólo un par de años, fue sencillamente magistral, por la densidad de las ideas y la naturalidad y cercanía en la forma de expresarlas. Mario Bunge tiene ímpetu e ilusión para seguir dando mucha guerra.

Victoria Camps es catedrática de filosofía moral en la Universitat Autònoma de Barcelona, España.



Camilo J. Cela-Conde: Para Mario

Mis amigos de *Sin permiso* me piden unas líneas de contribución al homenaje sorpresa que se le brinda en este número a Mario Bunge, y me sugieren que hable de él como filósofo, como maestro de varias generaciones o como intelectual comprometido con los valores de la Ilustración, del socialismo y de la izquierda democrática.

Nada más sencillo. Bunge supone un verdadero paradigma en todos esos terrenos, ay, tan apartados hoy de los vientos de la moda. Pero el carácter de pensamiento fuerte de Bunge — por contraposición a la miseria tan en boga del pensamiento débil— y el propio sentido de una publicación que lleva un nombre tan hermoso y sugerente como el de ésta me hacen plantearme la necesidad de dar una media verónica y hablar de otra cosa.

De la estancia de Mario Bunge como profesor invitado en nuestro departamento de Palma, por ejemplo.

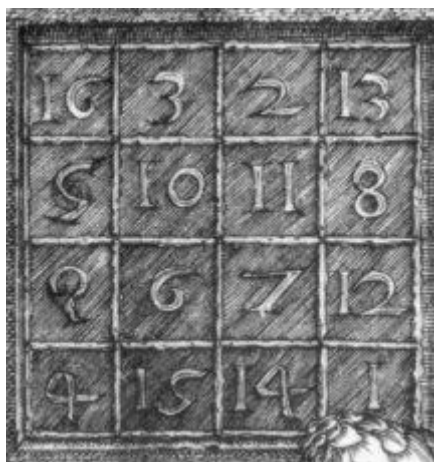
Fue en el año... ¡Qué horror, ya ni me acuerdo! Vamos a ver; estábamos en el campus de la carretera de Valldemossa, o sea que tuvo que ser hacia los primeros años ochenta del siglo anterior. Gracias a la magnanimidad de una fundación que puso los dineros precisos para podernos dar el lujo de contar con Bunge, allá tuvo él la amabilidad de presentarse. En un departamento desconocido, con profesores anónimos que no contaban con publicaciones de impacto, ni sexenios, ni tramos de cualquier tipo. De mandar entonces los pedagogos que imperan hoy, ninguno de los baremos, filtros, informes, dafos, guías o fichas le habría animado a presentarse allí. Pero Mario Bunge, por supuesto, es otra cosa.

Llegó a Palma dispuesto a combatir dos lacras del pensamiento: la ortodoxia marxista y el psicoanálisis. Pero, por desgracia —ya digo— no estábamos al tanto de los recursos pedagógicos que garantizan el éxito y carecíamos de ejemplares de cualquiera de esas dos especies. Más sorprendido que decepcionado, Mario tuvo que enfrentarse con la realidad de una estancia sin interlocutores fieros a los que combatir. Así que optó por darnos un seminario abierto, intenso, eficaz, espléndido, sobre filosofía de la ciencia.

Quizá fuera entonces cuando aprendí dónde estaba el sentido para el pensamiento filosófico de un siglo que iba muriendo. De las lecciones de Bunge, saqué la norma precisa para mirar el mundo con los ojos de la ciencia, aunque de una ciencia distinta a la que a él más le gusta, la física, y me sumergí en la biología.

Podría haberme hecho también psicoanalítico o marxista de los del bunker francés. Qué se le va a hacer. Nadie es perfecto.

Camilo José Cela Conde es catedrático de filosofía moral en la Universitat de les Illes Balears, España, y director del Laboratorio de Sistemática Humana en esa misma universidad



Antoni Domènech: Abarcar y apretar

La singular combinación de fuerza, sistematicidad y amplitud de espectro temático constituye, como bien ha [subrayado recientemente Jesús Mosterín](#), el rasgo que más salta a la vista del pensamiento de Bunge.

El único filósofo importante del siglo XX que se avilantó a dar una tal amplitud a su pensamiento fue Nicolai Hartmann (1882-1950), quien fue escribiendo a lo largo de toda su vida una gran obra filosófica sistemática que, en sus rasgos esenciales, y a confesión propia, tenía ya entera en la cabeza desde sus años mozos en el Marburgo neokantiano que compartió con Ortega y Martin Heidegger.

Aunque Hartmann estaba en posesión de una gran cultura científica, siempre se fió más de sus propias intuiciones –filosofar es, siempre, y en buena medida, lidiar con intuiciones tornadizas y aun encontradas, tener uno o varios Diálogos de Platón bullendo en la cabeza, según el perspicaz piropo con que Whitehead obsequió a Russell— que de los resultados de la ciencia empírica y de los métodos empleados por ésta para alcanzarlos. Por eso se sintió autorizado a prevenir con olímpica humorada a sus estudiantes en contra de una de las construcciones intelectuales más antiintuitivas que ha producido la ciencia del siglo XX: “Jóvenes: no crean ustedes una palabra de la teoría de la relatividad; si acaso, sólo que viajar rejuvenece”.

Mario Bunge es un verdadero *polymath*: sabe muchas cosas (física, por supuesto, pero también matemáticas, biología, psicología, economía, teoría política...); abarca mucho. Y si – ¡maravilla!— aprieta también filosóficamente mucho, creo yo que es, en buena medida, porque ha aprendido a respetar con humildad, sin olimpismo metafísico, los resultados de los especialistas de verdad respetables, y a permitir que el careo con esos resultados troquee sus propias intuiciones filosóficas básicas. Por eso ha construido su pensamiento filosófico sistemático en diálogo abierto e informado con los cambiantes resultados de la investigación científica de su tiempo, no *à la* Hartmann, psicomáquicamente, extrayéndolo trabajosa y paulatinamente de su excelente cabeza. Y por eso ha sido capaz de cambiar radicalmente de posición, honradamente, sin frivolidad, en asuntos muy importantes, sin quedar parroquianamente preso de las primeras intuiciones.

Por ejemplo, en su concepción de la ética, que ahora es [radicalmente antiutilitarista](#). Lo que nos lleva a otro extremo no menos importante.

Porque Bunge no es sólo hombre de ciencia; es asimismo un hombre de mundo y de acción, de vivo compromiso moral y político: otra raíz de la humildad filosóficamente bien entendida. No ha sido nunca un académico de intuiciones filosóficas parroquianamente secuestradas, no se ha dejado confinar entre los muros de un aula al modo en que el reaccionario Burke exigió – con discreto éxito— encerrar para siempre a la filosofía política revolucionaria de Kant, según ha recordado recientemente María Julia Bertomeu en una hermosa conferencia: *¡Illa se iactet in aula!*

Eso ayuda a comprender su singular trayectoria filosófica, y tal vez también el escaso eco que la obra de Bunge halla en la vida filosófico-académica y filosófico-mediática de la Argentina actual, circunstancia, dicho sea de pasada, a la que [nuestro filósofo ha sabido reaccionar](#) con lúcida y elegante jovialidad nestoriana. Porque el compromiso con los grandes valores de la Ilustración (la racionalidad, la democracia, el igualitarismo fraternal, la soberanía popular), vergonzosamente traicionados a comienzos del siglo XX, no ya por los conservadores, sino por los mismos liberales –apenas hay, entre los grandes, un solo “viejo liberal” europeo que no llegara al menos a coquetear en los 20 y en los 30 con el fascismo: Croce, Pareto, Mosca, Ortega, Sombart, el propio Hartmann...—, quedó casi en exclusiva reducido al movimiento obrero socialista internacional. Y Bunge se formó en las filas del movimiento obrero socialista argentino: su padre, el médico higienista Augusto Bunge, fue diputado y un destacado dirigente del ala izquierda, revolucionaria, del Partido Socialista.

Mi conversación más dilatada, personal y conmovedora con Mario fue a comienzos de los años 90, en un largo aparte que terminamos haciendo en medio de alguno de esos congresos filosóficos tan aburridos como intelectualmente innecesarios, con mesas que los organizadores suelen componer astutamente para hacer méritos, invitando a pequeños mandarines académicos sin pensamiento propio, ansiosos de satisfacer su ignorante vanidad hablando, como los criados en las malas comedias, sólo de los señores y no de las cosas.

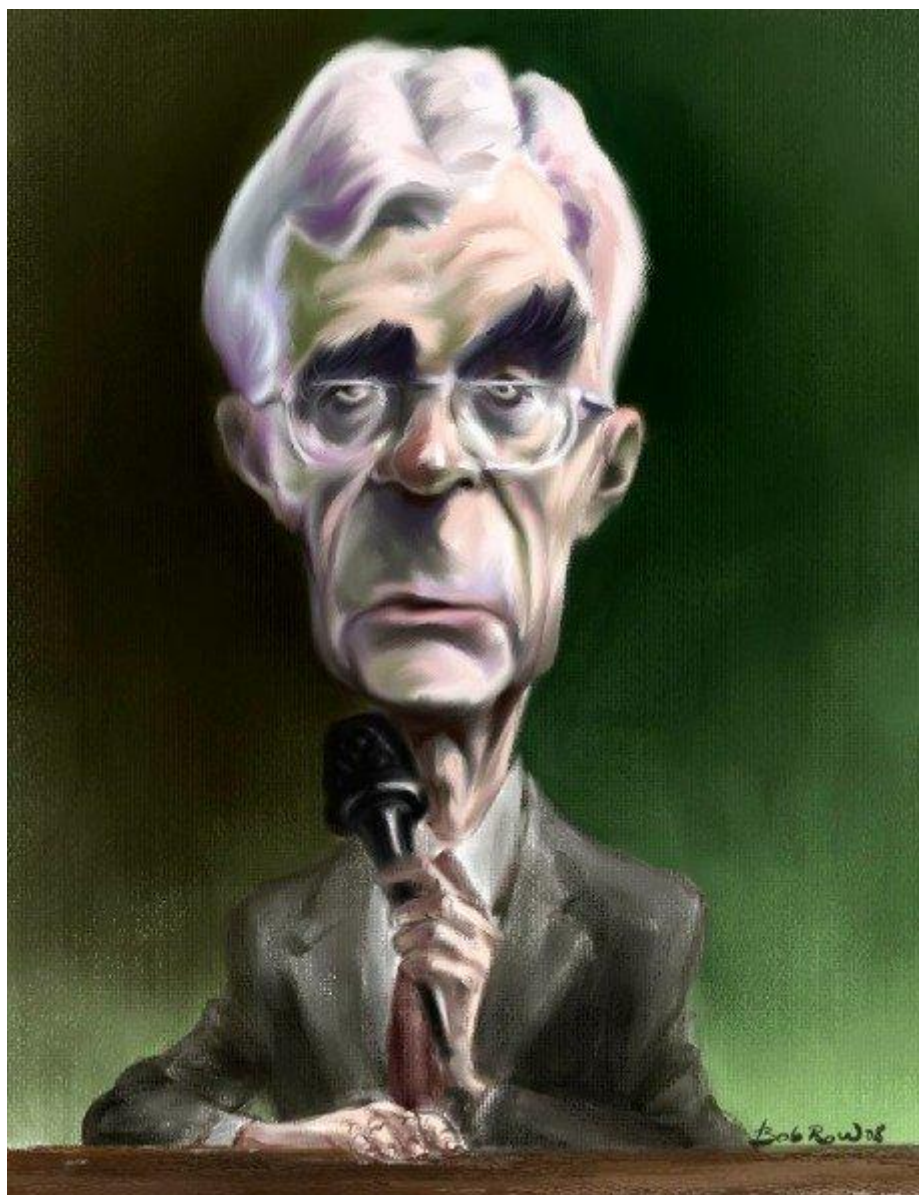
Mario me contó su experiencia política y humanamente formativa como muchacho que acompañaba a su padre por los barrios obreros de Buenos Aires. Entró en detalles sobre la labor de Augusto Bunge como higienista, como agitador y organizador político y como luchador anticapitalista. Hablamos también del ansia de saber, del respeto casi religioso y de todo punto genuino por la ciencia, y en general, por la cultura superior, del movimiento de los trabajadores socialistas y anarquistas del primer tercio del siglo XX en Buenos Aires, la “Barcelona austral” del movimiento obrero (por eso mismo, entre otras cosas).

Aquel movimiento obrero socialista y anarquista, único heredero digno y autoconsciente de la Ilustración dieciochesca en el XIX y el XX, fue destruido a sangre y fuego en España por el franquismo, y en la Argentina, primero desvirtuado, desarticulado y cooptado por un peronismo acríticamente aplaudido por muchos intelectuales “populistas” (como se dice ahora), y luego, físicamente aniquilado por una sucesión de dictaduras militares, adocenadamente aplaudidas a su vez por otros muchos intelectuales “antipopulistas” y “liberales”. Eso desbarató también intelectualmente a la Argentina.

El último libro hasta ahora publicado por Mario –me comunicó hace poco que está escribiendo otro sobre “ciencia mercenaria”, con el provisional título de *Matter and Mind*— es de filosofía política. Y consiste, entre otras cosas, en una [defensa del socialismo](#) autogestionario de cooperativas de trabajadores.

Vivir es ver volver, como dijo alguien, y la fértil longevidad de Mario le ha permitido llegar a ver el grotesco suicidio del capitalismo financiero “globalizado” y el progresivo descrédito intelectual del *bullshit* filosófico postmodernista cultivado por una arbitraria izquierda académica tan políticamente desnortada como intelectualmente degenerada. Y ver volver los ideales de su juventud, los ideales del laicismo republicano, de la democracia, del socialismo y de la razón y del pueblo trabajador soberanos. ¡Y lo que le queda por ver!

Antoni Domènech es catedrático de filosofía del derecho, moral y política en la Facultat d' Economia i empresa de la Universitat de Barcelona, España.



Anna Estany: De “saber de” a “conocer” a Mario

“Sabía” de Mario Bunge desde que me interesé por la filosofía de la ciencia, allá por la década de los setenta, cuando cursaba la licenciatura de filosofía en la Universidad (Central) de Barcelona. Quiero decir que conocía su obra, la cual, desde el principio, constituyó un punto de referencia para los estudiantes que nos decantamos por el análisis filosófico de la ciencia. Sin embargo, no fue hasta 1979, en el Congreso a raíz del “Centenario del Begriffsschrift de Frege”, celebrado en Peñíscola, que pasé de saber de Mario a conocerlo personalmente. A partir de aquí nos hemos ido encontrando en congresos a uno y otro lado del Atlántico, además de seguir de cerca su trayectoria intelectual en diversos campos, centrándome en aquellos que estaban más directamente relacionados con mi trabajo.

Nuestra relación se ha incrementado con sus últimas estancias en Barcelona, y así he tenido ocasión de compartir debates, asistir a charlas y seguir sus últimas incursiones en los temas sociales y políticos, frecuentemente relacionados con el papel de la ciencia en nuestra sociedad, y siempre desde una perspectiva progresista, haciéndose eco de las grandes problemáticas de nuestro tiempo. Fruto de la relación de los últimos años ha sido la incorporación en nuestro grupo de investigación de uno de sus muchos discípulos, Rafael González del Solar.

De la vasta obra de Bunge podría señalar múltiples aspectos, pero me gustaría destacar su capacidad para abordar un amplio espectro de fenómenos cada vez más complejos que se plantean en nuestra sociedad. Uno de los signos de nuestro tiempo es la atomización del saber, en el sentido de que desde Aristóteles hasta nuestros días el saber se ha ido fraccionando hasta adquirir un nivel de especialización en el que cada uno sabe mucho de muy poco. Aristóteles disponía de prácticamente todo el conocimiento de su época: del horizontal (desde la física hasta la zoología) y del vertical (desde la ciencia a la metafísica). La atomización y la especialización son el precio del progreso científico y tecnológico. Parece que hemos llegado a un punto de inflexión en el que se necesitan campos interdisciplinarios para abordar fenómenos complejos, y aquí es donde la figura de Bunge emerge como una alternativa para poder hacer reflexiones transdisciplinarias. Mario transita con suma facilidad y a la vez con rigor por los distintos campos del saber, tanto teórico como práctico, abordando con inteligencia y creatividad los fenómenos complejos que necesitan análisis a modo de caleidoscopio que no deja ninguna perspectiva fuera del análisis filosófico.

En la etapa de mi evolución intelectual en que centré mi investigación en las ciencias aplicadas o ciencias de diseño, los estudios de Mario Bunge de la década de los setenta sobre la relación entre ciencia y tecnología constituyeron un acicate y llegaron a ser de las más fértiles fuentes de inspiración para mi trabajo. Sus aportaciones a la filosofía de la tecnología suponen una aproximación racional al análisis de la práctica científica en su globalidad, un objetivo que comparto y que me llevó a interesarme filosóficamente por estos temas. ¡Felicidades, Mario!

Anna Estany es catedrática de lógica y filosofía de la ciencia en la Universitat Autònoma de Barcelona, España.



Rafael González del Solar: El Don del Fuego (prestissimo)

Si me pidieran que describiera a Mario Bunge con una palabra, escogería “apasionado”. Antes de que caigan sobre mí los rayos y truenos de la crítica, admitiré que “apasionado” resulta, a todas luces, insuficiente. Pero es un buen comienzo. Así ponemos a “Don Mario” en una categoría de personas que siempre nos sorprenden y a menudo admiramos: aquellas tan vehementes que con sus hechos trascienden la honesta y cotidiana tarea de ganarse el sustento y cuidar de los suyos, las que pensando o actuando nos inspiran, nos guían y nos sirven de ejemplo de lo bueno y de lo malo. Si a la pasión le añadimos una inteligencia excepcional, una voluntad de hierro y una áspera honestidad, nuestro retrato mejora un poco, aunque todavía le falta. ¿Lo conseguiremos?

Conocí personalmente a Mario a través de mi mentor y común amigo, el ecólogo Luis Marone, en un curso de biofilosofía en Mar del Plata, hace ya más de una década. Le comentaba a Luis, sin mucha discreción, mis dudas sobre el concepto bungeano de verdad parcial cuando un tizazo aterrizó en mi entonces poblada cabellera. Al volverme me encontré con los ojos transparentes de Bunge, fijos en mí: “Atienda”, me dijo. Y eso he hecho desde entonces. Así aprendí que la filosofía y la ciencia no están separadas por un abismo, y que el método científico no es una sarta de reglas rígidas, sino un esquema general y flexible para la investigación de la realidad; que el escepticismo, para ser constructivo, tiene que basarse en creencias fundadas; que el respeto por los hechos no es positivismo; que hay múltiples y poderosas razones para sospechar del psicoanálisis, de la microeconomía neoclásica y de la hermenéutica filosófica; que para entender las cosas es necesario saber cómo funcionan y que eso, con ayuda del método, nos pone a salvo, en gran medida, de las creencias descabelladas en cosas que no tienen materia ni energía, ni se puede saber cómo funcionan; que sin dioses ni demonios que nos acosen o nos premien –y dejando de lado de lo correcto por su propia corrección– lo moral es lo que contribuye a lo social, y hacer el bien es vivir bien y ayudar a los demás a hacerlo. La lista sigue, pero ya es suficiente.

Los antiguos griegos intentaron explicar el mundo con sus mitos. El ejemplo en el que pienso acaba con el héroe encadenado a un monte mientras un águila le devora el hígado. Los mitos pueden inspirar y entretener, pero no describir o explicar; mucho menos, predecir. Hace mucho que no creo en dioses ni en demonios y sin embargo no he perdido la fe. Me refiero a esa confianza de ojos abiertos que tanto le gusta a Mario, la que está fundada en la razón y en la experiencia. Mi fe, mi confianza, está con los hombres, especialmente con aquellos que, como Mario Bunge, tienen vocación de titán.

Rafael González del Solar es un filósofo y traductor argentino, profesor de filosofía en la Universitat Autònoma de Barcelona, España.



Mara Manzano: Felicidades, Mario

Todo mi aprecio por Mario, que ha conseguido comunicar su pasión por el saber durante tantos años, me fascina su extraordinaria salud de espíritu, su voracidad intelectual siempre renovada. Y gracias Mario por dejarme ser tu amiga.

Llegué a Barcelona el curso 1968-69 tras un agitado mayo sevillano de muchas carreras contestatarias y algunos encierros en la *Real Fábrica de Tabaco*, seguido de un intenso verano en Formentera que terminó de espantar a mis padres.

Empezaba yo entonces la carrera de Filosofía en la Facultad de Barcelona. Un amigo y compañero de facultad, enamorado de *La Investigación Científica* de Mario Bunge y a la sazón trabajador en la editorial Ariel logró sustraer de las planchas de la imprenta las primeras 928 páginas del libro y generosamente me las regaló. Me gustó mucho que aquella obra tan impresionante empezara con un cuento que tanto me recordaba a mi querido Lewis Carroll y a su Reina decapitadora y así las peripecias del joven sabio Pentós y su informe de la Cosa Rara me suscitaron un interés no sólo intelectual, también me emocionaron.

Finalmente en el año 1979 y con ocasión de un congreso en Peñíscola conocí personalmente a Mario. Como es habitual en él su conferencia fue interesante, pero mucho más lo fueron los encendidos debates que se produjeron; todavía me sigue maravillando su valentía y agilidad intelectual, su rapidez de respuesta, su capacidad argumentativa, su ironía, incluso su agresividad en el cara a cara. Ya sé que estas cualidades le han proporcionado una gran cantidad de honrosos (y no tanto) enemigos. Recuerdo gratamente aquel congreso, los paseos por la playa al atardecer en los que Mario recogía pechinas para su hija. Desde ese momento nuestra relación traspasó el plano meramente académico y llegó a ser personal y familiar. Pepe y Silvia, nuestros hijos de edades similares, estuvieron presentes en nuestra correspondencia; diligente, escueta y cariñosa por su parte, algo más remolona por la mía, discúlpame Mario.

Estando yo ya en Salamanca, en el año 2003 nuestra universidad le concedió el *Honoris Causa* y esa misma noche tuve el placer de tenerlo nuevamente como invitado a cenar. Marta y Mario

llegaron temprano y estuvimos charlando amigablemente en el jardín. Mi hijo Ulises, entonces un alumno de primero de bachillerato, le solicitó una entrevista para el periódico de su instituto; no sólo accedió encantado sino que nos costó trabajo que bajaran al comedor para la cena. Estas fueron las cuatro preguntas:

¿Qué recomendarías a un chico de mi edad como futura carrera?

¿Es la sociedad de hoy en día más justa que la que te tocó vivir en tu juventud?

En mi libro de filosofía te consideran como uno de los representantes actuales del monismo emergentista ¿Consideras que esto se corresponde con la realidad?

¿Qué piensas sobre internet?

Aconseja Mario a Ulises que elija como carrera aquello que realmente le apasione y para lo que esté capacitado, sin preocuparse demasiado de la situación actual del mercado laboral; le dibuja un mapa de las desigualdades entre el primer y el tercer mundo, le habla de la distinta evolución de esas mismas desigualdades en los continentes, de la favorable ganancia de libertades en nuestro país. Consulta Mario el libro de Filosofía de Ulises en el que se le relaciona con Pedro Laín asegurando que ambos son monistas, Mario argumenta que los creyentes como Laín no pueden ser monistas y proclama su propio ateísmo. Respecto a internet le señala los *pros* y los *contras*. Las respuestas a las cuatro preguntas que le hizo Ulises Tindón muestran cómo es Mario Bunge, por eso he querido compartirlas con vosotros. (La entrevista está colgada en <http://www.tindon.org/bungeentrevista.html>.)

María Manzano es catedrática de lógica y filosofía de la ciencia en la Universidad de Salamanca, España.



Ignacio Morgado: Felicidades, maestro

Querido Mario:

Acabo de llegar de mi primera y mucho tiempo deseada visita a la Atenas de Pericles y de los grandes filósofos y padres del conocimiento moderno y confieso que, entre las esbeltas ruinas y restos milenarios, he pensado mucho en ti.

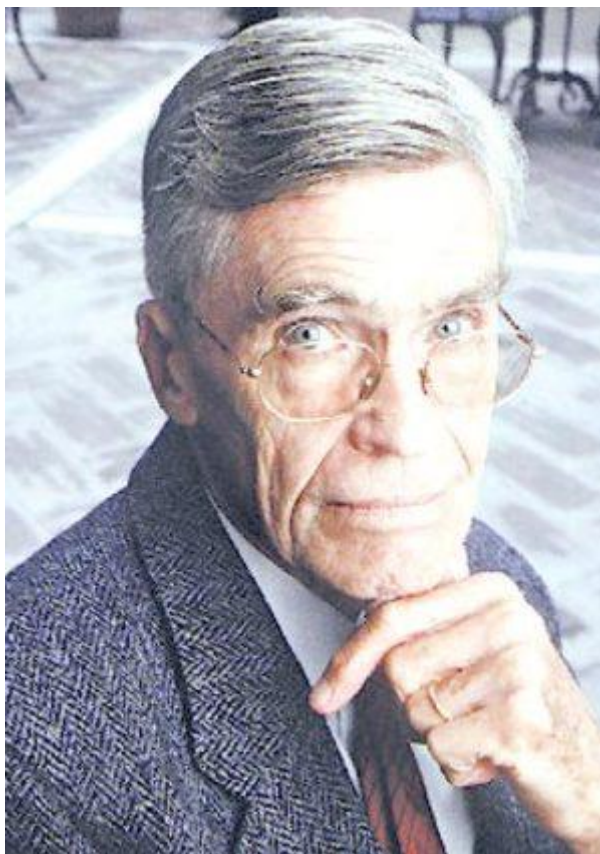
Lo he hecho convencido de que si hubieras vivido en aquel tiempo serías parte del grupo de grandes pensadores que supieron explotar como nadie anteriormente lo había hecho las potencialidades cognitivas de la mente humana, de la neocorteza cerebral. A buen seguro hubieras coincidido con Aristóteles en el desarrollo de los principios de la lógica, pero no tanto en la ubicación cardíaca que él atribuía a lo mental, pues aquí sospecho que tu gran intuición te hubiera acercado más a Hipócrates, que miraba menos hacia el corazón y más hacia la blanda materia intracraneal. La verdad, por otro lado, es que pienso en ti con frecuencia, pues rara es mi disertación o escrito científico donde no apareces explícita o tácitamente, guiando buena parte de mi pensamiento sobre la organización del cerebro, los procesos mentales y el comportamiento.

Ahora que llegas a los 90, yo te sigo viendo joven, fresco y creativo, en cierto modo, con más fuerza que nunca para defender tus ideas y seguir enseñándonos tanto sobre nosotros mismos. Enseñándonos sobre todo, como tantas veces has hecho, que el verdadero conocimiento conduce no sólo a la sabiduría sino también y, sobre todo, a la bondad.

Felicidades, querido maestro y amigo y, como se dice en mi buena tierra extremeña: ¡Que cumplas muchos más años con salud!

Un abrazo fuerte.

Ignacio Morgado Bernal es profesor en el Institut de Neurociència del Departament de Psicobiologia i de Metodologia de les Ciències de la Salut de la Facultat de Psicologia, Universitat Autònoma de Barcelona, España.



Jesús Mosterín: Mario Bunge en su generación

Los pensadores hispanos (de *Hispania*, nombre latino de la Península Ibérica) en sentido amplio –que abarca también a los latinoamericanos— del siglo XX (y lo que llevamos del XXI) han constituido un grupo cosmopolita a la fuerza, pues los avatares políticos los obligaron con frecuencia a abandonar sus lares nativos y a buscar refugio u oportunidad en otros países. José Ortega y Gasset (en *En torno a Galileo*, 1933, lección III y IV) nos invitaba a aplicar lo que él llamaba el método histórico de las generaciones. Mario Bunge es el filósofo hispano más importante de su generación. En la anterior generación destacó José Ferrater Mora y, en la siguiente, Roberto Torretti. Los tres tuvieron que salir de su tierra natal (Argentina, España y Chile) y crearon gran parte de su obra en Canadá, Estados Unidos y Puerto Rico.

En 1982 Bunge recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. En el jurado que le concedió el premio estaba Ferrater Mora, que deseaba y esperaba recibirlo él mismo también, como finalmente ocurrió en 1985. Aunque nacido siete años antes que Bunge e inicialmente alejado de cualquier enfoque científico o naturalista de los problemas filosóficos, Ferrater fue acercándose a lo largo de su vida hacia ese tipo de posiciones, en gran parte influido por Bunge, al que admiraba. La creciente influencia de las ideas bungianas se aprecia ya claramente en *De la materia a la razón* (1979), en la que también Ferrater se declaraba materialista, emergentista y realista, aunque con menos contundencia que Bunge. También Bunge apreciaba a Ferrater, como prueba el encomio que escribió a su muerte, “J. Ferrater Mora, el filósofo sonriente”.

El gran filósofo de la ciencia Roberto Torretti, once años más joven que Bunge, fue animado por él a escribir y publicar sus clásicos libros *Philosophy of Geometry from Riemann to Poincaré* (1978) y *Relativity and Geometry* (1983). Torretti siempre estuvo agradecido a Bunge, a quien dedicó su libro *La Geometría del Universo* (1994).

Hay que recordar que, antes de ser intelectualmente aplastada por el peronismo y las dictaduras militares, Argentina era un país de gran vitalidad científica. Bernardo Houssay y

César Milstein recibieron el premio Nobel de Fisiología o Medicina; Luis Leloir, el de Química. Los mejores matemáticos españoles, como Julio Rey Pastor y Luis Santaló, se establecieron en Buenos Aires, y más tarde el argentino Alberto Calderón hizo importantes contribuciones matemáticas en Chicago. En filosofía, aunque hay que señalar figuras tan interesantes como Risieri Frondizi o Ernesto Garzón Valdés, obviamente Mario Bunge destaca por la amplitud, sistematicidad y fuerza de su pensamiento. Bunge ha defendido y desarrollado originalmente las ideas del materialismo ontológico y el realismo epistemológico, logrando una gran y saludable influencia filosófica.

Mario, ¡enhorabuena por tu obra y muchas felicidades por los primeros noventa años que cumples!

Jesús Mosterín es profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en Barcelona, España.



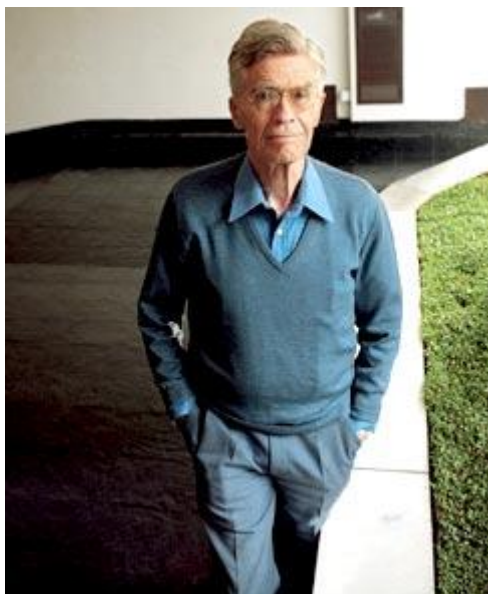
Oscar Nudler: La veracidad de Mario Bunge

Conocí a Mario Bunge y trabajé con él como ayudante en los lejanos días en que era Profesor de Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue apenas un par de años pero me dejaron una impronta imborrable. Es sólo a ese Mario Bunge como formador de jóvenes al que me gustaría referirme en estas breves líneas.

De entrada estuvo claro para mí que no era un profesor más. Ya como alumno y más aún cuando me ofreció trabajar en su cátedra, advertí que el compromiso que exigía excedía en mucho las exigencias usuales. Por empezar, su método de trabajo no consistía simplemente en transmitir conceptos e ideas sino que requería de nosotros recrearlos y ponerlos en un lenguaje propio a partir de preguntas que nos entregaba cada semana. Sólo después de hacer el esfuerzo de intentar responderlas lo más fundadamente posible, él discutía nuestras respuestas y, al hacerlo, aportaba un marco esclarecedor. En una palabra, Mario no separaba los procesos de aprendizaje y enseñanza por un lado y de investigación por el otro sino que los hacía partes indisolubles de una misma práctica. Pero este método, creativo y crítico a la vez, no se limitaba al contenido específico de la materia en la cual trabajábamos. Especialmente en las reuniones semanales en su casa, nos invitaba a examinar de la misma forma nuestras creencias referidas a otros dominios, desde la literatura y el arte hasta la política. Esa fue tal vez para mí la lección más importante que extraje de mi experiencia de trabajo con Bunge, la del valor de la coherencia entre nuestras creencias y actitudes en los diversos ámbitos de la vida. Pero creo que nada de todo esto me hubiera impactado del modo en que lo hizo sino hubiera sido por su ejemplo. Más allá de su increíble capacidad de trabajo, me impresionaba su apasionamiento, su defensa ineludible de lo que creía era verdadero y justo. Independientemente de mis acuerdos o desacuerdos con él en el plano de las ideas, apreciaba su compromiso personal con la verdad y la justicia. Es cierto que en más de una ocasión ese apasionamiento se traducían en un estilo de confrontación que chocaba con mi propia manera de entender el diálogo filosófico y de ideas en general. No en vano el visitante se encontraba en la puerta de su despacho con la inscripción *cave canem*. Pero nadie, ni aún sus más enconados críticos, podría dejar honestamente de reconocer su autenticidad moral. Eso era algo evidente, emanaba de todos sus actos. Y, aunque luego de ese período formativo, ya no he vuelto a frecuentar su compañía, me es claro que Mario Bunge ha mantenido a lo largo de su vida los mismos principios. Esa fidelidad inalterable a ciertas convicciones y valores básicos y, sobre todo, la pasión con que continúa luchando por ellos en todos los

terrenos, han hecho que la mención de su nombre me haga evocar con nostalgia un tiempo en que la liviandad de las convicciones y la indiferencia moral no ejercían aún su efecto anestésico.

Oscar Nudler es catedrático de filosofía e investigador en la Fundación Bariloche, Argentina.



Roberto Torretti: Saludo a Mario Bunge

Me alegra muchísimo tener esta oportunidad de felicitar a Mario Bunge en su 90º cumpleaños y darle públicamente las gracias por todo lo que le debo. No me refiero solo al apoyo generoso que me dio varias veces en momentos decisivos de mi vida profesional, sino también y sobre todo a la fuente de inspiración que su ejemplo significó para mí en un tiempo en que aún no me conocía. En la década de 1960 me movía rápidamente del idealismo alemán de mi juventud a los estudios de filosofía de la física que me ocuparon desde entonces. Me había criado en un medio en que los intelectuales se preciaban de su alergia a las matemáticas y muchos de mis colegas jóvenes vindicaban su ignorancia repitiendo el mantra de que “la ciencia no piensa”. La aparición de los primeros libros de Bunge —Causalidad, El mito de la simplicidad y, poco después, Los fundamentos de la física— me curó del desaliento al demostrarme que una persona nacida y educada en el cono sur de América podía discurrir clara, lúcida y persuasivamente sobre los asuntos que me estaban interesando. En particular, me impresionó su recia oposición a las doctrinas del Círculo de Viena, a la sazón todavía predominantes en América del Norte (aunque Hanson y Feyerabend ya se habían alzado en armas contra ellas). La obra sobre Los fundamentos de la física me introdujo en la llamada concepción semántica de las teorías científicas y me convenció de su acierto antes de que yo leyera a Patrick Suppes y mucho antes de que Frederick Suppe popularizara esa denominación. Pero esa obra también me hizo sentir la necesidad de estudiar matemáticas con cierto rigor y profundidad antes de opinar sobre el conocimiento científico; una exigencia que, como llegué a comprender más tarde, los empiristas lógicos más destacados solo habían cumplido nominalmente. Pocos años más tarde, cuando ya estábamos en correspondencia, me manifestó que mi plan de estudiar los avatares de la filosofía del espacio después de Kant no me conducirían a ninguna parte si no me aplicaba firmemente al estudio de la geometría diferencial; un consejo sin el cual mis trabajos ulteriores sobre la geometría y la relatividad habrían sido imposibles. Andando el tiempo aprendí a admirar e imitar la franqueza con que Mario Bunge sabe decir lo que piensa sobre personas y cosas, y a comprender y apreciar su resolución de preferir el destierro al empantanamiento en la confusa política de nuestros países.

Sé que Mario Bunge no comparte ni aprueba el enfoque historicista de las ciencias y de la verdad que secundo en mis escritos. Esta no es la ocasión para debatir nuestros desacuerdos, que, aplicando ese mismo enfoque, me inclino a asociar con el cambio generacional y con diferencias en la formación temprana respectiva. En todo caso, no menoscaban mi admiración ni mi gratitud. Por lo demás, esa ha sido siempre la índole de la recepción filosófica y debe seguir siendo así: crítica pero agradecida.

Roberto Torretti es catedrático de filosofía en la Universidad de Chile y profesor emérito de filosofía de la ciencia en la Universidad de Puerto Rico.



Héctor Vucetich: Para Mario Bunge: exorcizando la física

Sí: la Física, ciencia exacta por excelencia, tiene fantasmas y demonios que la poseen. Años de semántica imprecisa llevaron a rodear sus austeras ecuaciones de interpretaciones llenas de “definiciones operacionales” o de “flujos de observadores inerciales” o de “colapsos de la función de onda”. Mario Bunge es el gran exorcista que mostró cómo eliminar todos esos conceptos fantasmales de la física y restituir su papel como la ciencia que se preocupa por las leyes fundamentales de la naturaleza, y no de las personas que la estudian.

En varios libros y cursos [2, 1] Mario Bunge mostró de qué manera se puede reformular una teoría física para encontrar una interpretación objetiva y más simple que las que usualmente se enseñan, informalmente, en los cursos de Física General o de Física Teórica. El secreto del exorcismo es sencillo: requiere examinar las ecuaciones que describen un fenómeno para encontrar sus referentes: aquellos entes que se describen a través de los símbolos. [3, 4]

Por ejemplo, escribamos las transformaciones de Lorentz, que describen la conexión entre dos sistemas inerciales en Relatividad Especial:

$$x' = \frac{x - vt}{\sqrt{1 - v^2/c^2}} \quad t' = \frac{t - (\frac{v}{c^2})x}{\sqrt{1 - v^2/c^2}}$$

En estas ecuaciones hay referencias a dos sistemas inerciales, a su velocidad mutua v y a las coordenadas de un punto en los respectivos sistemas. De ninguna manera hay referencias a “observadores inerciales”, “instrumentos de medición” u otras entidades fantasmales.

Referencias:

[1] Mario Bunge. *Filosofía de la Física*. Ariel, 2 edición, Barcelona, 1982.

[2] Mario A. Bunge. *Foundations of physics*. Springer, Berlin, 1967.

[3] Mario A. Bunge. *Semantics I: Sense and Reference. Treatise of Basic Philosophy*. Reidel Publishing Company, Dordrecht, Holland, 1974.

[4] Mario A. Bunge. *Semantics II: Interpretation and Truth. Treatise of Basic Philosophy*. Reidel Publishing Company, Dordrecht, Holland, 1974.

Héctor Vucetich es catedrático de Física en el Observatorio Astronómico Universidad Nacional de La Plata, Argentina.